

EL CUERPO SUFRIENTE EN LA COMPULSIÓN

Esperanza González Durán
esperanzagd@hotmail.com

En este estudio pretendo exponer cómo para E. Husserl el cuerpo orgánico (*Leib*) es condición transcendental de posibilidad. Para este trabajo me apoyo en el texto de E. Husserl *Experiencia y juicio*.

1. La determinación del conocimiento, la objetivación corpórea

La determinación del objeto de lo que es, es la objetivación, en cuanto que

representa la meta de la acción dóxica, cognoscitiva, de la acción que explica lo que es en sus modos del ser, llamados determinaciones. Esta confirmación de lo que es, de cómo es y qué es, que constituye la función objetivadora judicativa, llega a ser una confirmación a la que uno puede retornar siempre de nuevo...es un acervo permanente de conocimiento,... sólo...en el juzgar predicativo, que encuentra su sedimento en la proposición enunciativa. Y como sedimentación de un acervo de conocimiento...está libremente disponible, es conservable y comunicable. Sólo el juzgar predicativo crea un acervo de conocimiento y objetos conocibles...pero...no...la mera contemplación receptiva.¹

Esta cita de Husserl explica cuáles son las leyes de la determinación de los objetos, el hecho primario que es intencional, la intención que está puesta ya es primaria con respecto a cualquier suceso, es un impulso que yo tengo dentro y no hay manera de que me pueda evadir. Esto se relaciona con el hecho de que, para E. Husserl, el cuerpo orgánico (*Leib*) es condición transcendental de posibilidad. En este proceso hay estructuras biológicas que se transmiten después a la acción. Y actúo; entonces la acción, esa noción de yo actúo, está predeterminada. La noción de actuar es biológica y

¹ E. Husserl, *Experiencia y Juicio*, México, U.N.A.M., 1980, p. 66.

después se proyecta, se hace, pero aparece puesta como razón; es un impulso dinámico; entonces, la realidad está de forma que se está moviendo. Cuando aparece en el campo intencional lo que hacemos es parar esa realidad, y ponerla bajo las formas de un modelo; pero en el modelo ya hay una necesidad de realizarlo, es decir, que va buscando algo en esa cosa, que quiere realmente conocerlo. Pero el objeto despliega muchas maneras de ser conocido y, entonces, aparecen las determinaciones de cada una de esas maneras, eso es lo que hace que el pensamiento varíe, dentro de una receptividad invariable. Actuamos con patrones que, si los tenemos que reformar, esta reconstrucción también aparece como modelo. Todas son, por tanto, situaciones intencionales, que están relacionadas con intenciones, con un querer predeterminado que quiere conocer y que tiene que ver con los objetos —ellos lo que hacen es determinarse en un conocimiento. ¿Qué es el conocimiento? Es saber que la fórmula H_2O es una cosa que se llama agua; y esto constituye un fondo de experiencia también, al que voy a volver siempre, pero en esa acción retrospectiva, es como si yo sacara energía, pues constituye un conjunto de conocimientos que a medida que actúa en el tiempo se agranda, cada vez más, y así se va realizando y vamos teniendo mayor experiencia del modelo. El compulsivo no llega nunca a eso. El *quantum* de energía sería que, en la medida en que tengo más experiencia necesito menos energía; pero a él como le falta la experiencia, gasta siempre la misma energía, mucha y desproporcionada. En el normal no ocurre esto. La cuestión del aprendizaje no es así en él. En el aprendizaje hay cantidad de cosas a las que no se vuelve; no regresamos al modelo y cuando se regresa, la vuelta no significa pérdida de energía sino ganancia —pierdes cuando no tienes más que la que queda, cuando la energía sale y está constantemente fluyendo hacia fuera y, por tanto, no se queda en ningún lado, no consigue ninguna cosa, sólo una perspectiva que es la de la repetición, es decir, que salga solamente; su modelo es salir, escaparse, pero el modelo de la experiencia no es el escape, sino que es una escapada con retorno.

El sentido objetivo en su constitución corpórea recién descubierta,

cuando la expectativa era de vacío lo que hace es subyugarlo,...con su poder impresional de cumplimiento posee certeza, tal fuerza... que subyuga la certeza de pre-expectativa...expectativa subyugada...consciente, pero con el carácter de 'nula' en forma de retención, sensiblemente...se produce... una...duplicación del contenido total del sentido de la percepción,...lo esperado

nuevo y "otro" cubre y anula el sentido protencialmente pre-señalado...la transformación noemática irradia hacia atrás, en forma de anulamiento retroactivo, hacia la esfera de la retención y modifica...su sentido.²

Lo corpóreo —y las impresiones— tiene que aparecer, porque siempre es consecuencia; la realidad es subsecuente. Según Husserl, aparece bajo la forma del conocimiento. Todo lo que es sensación y tenga que ver con el cuerpo es una manera que tiene la realidad de apropiarse de su territorio, que no es propio sólo de la sensibilidad, de la materialidad, sino que en ella hay un impulso cognitivo, de manera que los sentimientos del hombre están también contenidos, puestos bajo la forma de una conciencia que lo comprende —no actúa; si actúa no lo hace sólo de forma inmediata. Después, en esa actuación, la conciencia pone parte de ella y es la que hace que la actuación sea conocida. El hombre no puede interpretarse, nada más que por la forma de la acción. El hombre es un ser que hace cosas. Y, ¿qué es lo que necesita para hacer cosas? Necesita del cuerpo, pero necesita también idearlas y en la ideación de la mesa están puestas cantidad de cosas, que están puestas también en la conciencia como idea. Está la ideación de lo que significa hacer la cosa, todo lo que comprende hacer una cosa bien hecha. Y esto no lo ve con la sensación, con las impresiones, ya que éstas confirman el conocimiento. ¿El cuerpo también confirma el conocimiento? No confirma, lo verifica. En el mundo de la primera mano el pensamiento está siempre verificado, pero esta verificación no es científica, no cae bajo ninguna regla, está bajo la regla del valor.

El sujeto compulsivo ve el cuerpo del otro presente físicamente, pero sólo contempla al objeto ausente (es una abstracción); no contempla su corporeidad sino la imagen; el análogo sin expresión está en su mundo solipsístico. Una mundaneidad que priva de subjetividad al otro, no puede conocer al objeto presente, sino que lo hará sólo en su corporeidad; pero tampoco conocerá al fantasma subjetivo, sin expresión, puesto que su mundo no se sedimenta en determinaciones objetivas, ni para él, ni para el otro.

² *Ibidem*, p. 96.

Es un mundo de fantasía que sólo se da para sí; el otro está excluido, sus vivencias no son reales.

El compulsivo es un ser incongruente, las coincidencias de los objetos, que se dan en las transformaciones, no se dan en él. Lo común no existe. En esta relación el sujeto pierde el sentido común. Se trata de superposiciones que no se complementan sino que se excluyen mutuamente.

El ámbito de la posicionalidad es el de la conciencia que otorga de manera presuntiva al ser como real. Pero, si al mundo de la fantasía le quitamos las vivencias, le hemos limitado el campo posicional. Si le quitamos la vivencia, esa posición que ocupa en el espacio, lo determinamos.

El problema es por qué se presume. Pero la presunción no es porque las cosas son o presumimos que sean desde el punto de vista del ser de las cosas, sino porque se le otorga realidad, desde una posición espacio-temporal. El espacio lo que marca es la unidad de los contenidos de lo real: pero ve lo real desde el punto de vista de la unidad, mientras que lo temporal es psíquico. El tiempo va actuando sobre el espacio, y eso es una unidad, porque todas las cosas están puestas ahí, pero dispuestas-para algo (tienen una finalidad). Pero en ese hecho ya hay un hecho presuntivo que le da sentido, que pone el sentido de lo que las cosas son, y después lo que se produce *a posteriori* es en el tiempo, el tiempo es el que le va añadiendo realidad porque se mueven todas las cosas que están ahí, si bien en el espacio permanecen quietas a través de esa unidad de sentido. El movimiento, la acción, es una característica del tiempo por el hecho de que va generando ese hecho; lo que hace es originar el tema, y va discurriendo la acción en unidades. Ésa es la unidad. Ahí es donde podría la unidad ser rota y crear una unidad nueva de contexto distinto. El sufrimiento sería en mayor cantidad de lo que aparece en una sola, pero eso ya son cuestiones de espacio y tiempo. Ésa representación es siempre la formalidad: el enfermo no está en el espacio objetivo, ha roto también la unidad temporal.

2. Intersubjetividad alterada: superposición, incapacidad de actuación y de decisión

El compulsivo sólo ve aspectos parciales del cuerpo presente al que suplanta, por desplazamiento de la expresión corporal de las vivencias fantaseadas de aquel otro, que sólo es producto de su imaginación. No está-con-el-ser-del-otro, sólo es un ser-para-sí, se siente desorientado ante este objeto, pierde la perspectiva, sus acciones no ocupan un lugar en la mundanidad de ese otro en tanto no se implica, ni tienen finalidad; sólo lo lleva a actos, está continuamente actualizando por su afección, pero él no es afectado por el presente, tampoco afecta al otro, su discurso es un monólogo continuo puesto que no sale a ponerse en comunicación con él. El miedo al fracaso lo paraliza, su libertad está estancada, en su mundo no cabe la posibilidad de contrastar, de ser o no-ser, se suprime a sí mismo y suprime al otro real encarnado, su referente no tiene apoyo, ni sostén, le falta el cuidado, por eso lo teme, debajo late el temor, el horror de salirse-fuera; esto le acarrearía un estado de locura y enajenación; no toma decisión por miedo a faltar, faltaría a su ser en el sostén y el cuidado; duda y sigue escindiendo y perpetúa el círculo; se ve sin salida, sin saber qué hacer; está abocado al fracaso y siente la angustia que esto le provoca. Si el objeto no se hace tema (objetivo) nada de lo que comprende se hace actualidad; él comprende sólo en el aspecto corporal que es un otro, pero no puede realizarse en ese otro, sólo realiza actos que son repeticiones —repite pero sin aprehender—, no modifica la experiencia pasada, no hay aprendizaje, su mente está embargada por una idea que se impone frente a todas las demás; se le impone al yo, pero no de forma lúcida y clara; y no progresa, se entrega totalmente al estímulo que se apodera de él y establece una relación intensamente afectiva, debida a la alteración con que percibe al objeto.

No llega a tomar una posición, siempre está en la ambigüedad, no cancela el conflicto. El compulsivo “no sabe”, por lo tanto, niega el deseo y su satisfacción. El objeto dado y el sujeto en la realidad no están en un contexto unánime; su co-existencia es “híbrida,” problemática e incompatible.

La defensa es la actualización del pasado que sustituye al acto; la actualidad, la comunicación con el otro, no se da.

Si se suprime una presentación auténtica se elimina la posibilidad del tema, es un pseudotema, que absorbe y no deja ver al otro, porque el tema se ha absolutizado, se ha convertido en esencial, inunda el sí del sujeto que vive y gira en torno a él, es una obsesión repetitiva.

La duda incesante le consume en una angustia que no puede determinar. Sabe cuál es el nombre, pero no los verdaderos sentimientos. Se ha perdido la experiencia juiciosa por no saber cuál es el verdadero deseo. El modo de ser de la vida se ha vuelto suspicaz, amenazante. La presencia del otro significativo es un dolor y un sufrimiento. Está ambivalente porque ese otro es a la vez el deseo de placer en la espera alimentada por la habitualidad pasada. La contradicción no se resuelve; ya que el trauma infligido fue placentero, el sujeto duda entre si es un verdadero deseo o por el contrario esta falta aniquiló al auténtico y verdadero. Él no se ha permitido ponerlo en la acción por el miedo, la culpabilidad, pero tampoco se ha permitido modificarlo. Está ahí. Su yo empírico, natural, de la vida cotidiana se ha fijado a las vivencias pasadas. La experiencia natural se ha deformado por una ficción —por un como-si— y ha fracasado en su yo trascendental. Su experiencia trascendental no se realiza de forma adecuada. El compulsivo hace una salida de sí para volver sobre sí. El objeto de su trascendencia no está fuera sino dentro: no es él y el mundo, sino él y el objeto imaginado; el punto de partida y de llegada en la esfera interhumana no está en el otro —éste no se puede ver por el fantasma—, está dentro de él; él es receptor e interlocutor, actor y oyente. Las presentaciones del cuerpo del otro no se realizan en el estado compulsivo. Lo común del mundo intersubjetivo es a-presente, a-percibido, pero aquí lo que se presenta es una presentificación fantasmal, no un otro. No se fundamenta sobre el apoyo de una temporalidad fluida de retención-protención. La presentación está alterada, presentifica en acto el pasado, siendo incapaz de actualizar hechos, acciones del presente que sean auténticas. Tiene la tendencia a fijar las experiencias del sido.

El sujeto está incapacitado para romper los límites de la inclusión. Realiza una exagerada trascendencia compulsiva en el presente de su mundo interno en el externo, que le impide trascender a la actualidad.

El espacio vital se ha encogido, sus resonancias son los datos (*hyle*) de los sentidos ya sedimentados que constituyen al objeto nuevo en relación al vínculo con lo viejo. Lo nuevo nos es ya conocido, pero esta vinculación no es objetiva, su identidad está trastocada: el presente que es sido se actualiza "como si" fuera real.

3. La historicidad en la compulsión: una reactualización

Al sujeto compulsivo el deseo le acarrea culpa, por una falta cometida en el pasado que ya no tiene sentido, pero que está grabada en el trasfondo, y de la cual él no tiene conciencia, con todos los datos significativos. Pero la cadena asociativa, que subsiste debajo de esta aparente manifestación desprovista de sentido, revela la carga pulsional que ocasiona su dolor, o sufrimiento, llevándole a la imposibilidad de acabar la tarea, o a la necesidad de tener que acabarla, aunque ya ha dejado de tener vigencia y sentido. Son órdenes extrañas a su voluntad para las que no tiene explicación. Ha faltado a su mismidad, a su ser, y se siente culpable, pero no es consciente de ello. La satisfacción que experimentó reaparece en otro objeto asociativo, lo que hace perpetuarle el círculo. La propia omisión anticipada la vive como una falta, pero no le libra de las cargas pulsionales que se han quedado como una peligrosa potencia compulsiva.

Al cuerpo vivido...le falta la presencia reguladora de afectos...como elemento de una totalidad integradora va a dar muestras de sensaciones y sentimientos alterados que sufren en su corporalidad y cuya esencia última es endógena.

Es el resultado de un proceso histórico de haber sido afectados en el nivel del movimiento y la acción, en los instintos, como un tender-hacia que lleva a la objetivación cuyo máximo valor es constituirse en objeto de amor. Se han estancado, fijado, en una subjetividad-intersubjetividad trascendental, en la constitución del ego y del otro, incapacitados para desarrollar una racionalidad creciente, son seres carentes de libertad cuyo ejercicio está determinado por la elección personal, la carga genética y el mundo interpersonal.³

Su conciencia corpórea percibe, aunque la conciencia ya no capta de la misma manera que lo hacía antes de la duda, ya que ésta ha sufrido una modificación en la creencia del ser; no una modificación en el sentido obje-

³ E. González Durán, *Psicología Fenomenológica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 223.

tivo corporal, pero su percepción ya no está ahí en la conciencia como lo hace la percepción normal, con un único sentido y unánime, sino con conciencia de duda, en conflicto y confrontación por una de las partes perceptivas, compenetrándose en ésta a través del dilema.

El yo en su conservación se protege contra estas pulsiones violentas: los antagonismos no han sido resueltos, pero es el sujeto quien puede otorgar poder al otro, proyectando sobre él todas las representaciones del objeto arcaico —el representante de las funciones, características o rasgos corporales.

El yo del sujeto compulsivo es incapaz de responder al estímulo. Aun a pesar de sufrir la atracción que ejerce el estímulo en su inclinación hacia él, el yo no cede y la vivencia intencional no llega “del trasfondo del yo al del enfrentamiento al yo”⁴; por lo tanto, no se da la transformación, el yo no se vuelve hacia el objeto.

La compulsión a la repetición conlleva un “horizonte residual”⁷: se repite y reactualiza situaciones y hechos de la biografía que han quedado sin completar, sin esclarecer —una *Gestalt* sin plenificar—, que no se han cerrado y siguen funcionando como “resto” que el sujeto irá reactualizando, repitiendo sin tomar conciencia, para cerrar el ciclo. El sujeto sufre la falta de claridad, la confusión que le hace vivenciar el nuevo objeto: se confunde en los órdenes temporales, cree que está “hoy aquí” sin conseguir “darse cuenta” de que el pasado ha suplantado al presente eclipsado y se le ha superpuesto.

El horizonte está estancado. Un hecho concreto del pasado lo ha generalizado y lo va repitiendo en todos los otros objetos o situaciones que coinciden, en los elementos que aparecen en lo semejante, en lo continuo. Esas relaciones aquí se llevan a las últimas consecuencias. El horizonte está particularizado y a la vez lo homogéneo está estructurado.

Está dominado por las estructuras pasivas que se sedimentaron en el pasado. La familiaridad del hecho le determina sus propias acciones y le im-

⁴ E. Husserl, *op. cit.*, p. 84.

⁷ *Ibidem*, p. 136.

posibilita tener actuaciones improvisadas, paralizándose también por miedo a la angustia que suscita ese otro que puede que no cumpla con su forma establecida, o porque tal vez sus vivencias no fueron placenteras o le infligen dolor por las expectativas no cumplidas —satisfacciones pasadas cuyo desenlace le ocasionó un desgarró o que fueron experiencias desajustadas. Busca un sentido a todas esas convulsiones que sufre. Vive sin “dejar ser el otro” que provoca su placer y su dolor. Su tendencia es convertirse en el “otro” a quien él está fijado, con el afán de retomar su historia personal, de volver al punto de partida, a su horizonte de progreso. Su deseo es anular aquel pasaje. El tiempo ha perdido su carácter de historicidad ya que niega la realidad de cómo fueron los hechos para presentárselos como él los construyó con el paso del tiempo, en un intento de reparación de reconstrucción para encajar las piezas sin sentido. La estructura de relación es la que él desea imponer al otro, y actúa ante él según lo constituido. Pero lo nuevo no se integra en lo viejo conocido y no puede dar lugar al cambio sino a lo mismo. La certidumbre no se puede hallar en otro diferente al que se le sustituye el ser de “otro” —esto sólo crea el desconcierto, la enajenación y la extrañeza. Encuentra lo opuesto de su tendencia y, sin poder actuar ni cómo contactar con aquel ser que se ha vuelto “otro”, sus vínculos están cortados. El otro no se integra en sus actos, se satisface en el representante. La síntesis de concordancia de esta asociación no transforma el sentido. El nuevo objeto consiste en una reactualización del pasado. Ya que repite lo mismo —el ser—, esta operación no tiene la posibilidad de encontrar lo nuevo. Lo que fue comienza de nuevo a existir y, así, no capacita para el conocimiento. El sujeto evoca en la memoria el recuerdo, una escena concluida —aunque incompleta—, un argumento, una trama que ya finalizó y en la que él se empeña en existir, pero si que en el presente quepa la posibilidad de que exista.

Referencias bibliográficas

- ARIEL, A., *La cura en psicoanálisis*, Buenos Aires, Tekne, 1993.
- ÁVILA ESPADA, A. / Poch Bullich, J. (eds.), *Manual de técnicas de psicoterapia. Un enfoque psicoanalítico*, Madrid, Siglo XXI, 1994.
- BLEICHMAR, H., *Angustia y fantasma*, Madrid, Adotraf, 1986.
- *Avances en psicoterapia psicoanalítica*, Barcelona, Paidós, 1997.
 - *El narcisismo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991.
 - *Introducción al estudio de las perversiones*, B. Aires, Nueva Visión, 1984.
 - *La depresión un estudio psicoanalítico*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1994
- CAPELLÁ, A., *El Psicoanálisis dialéctico*, Barcelona, Herder, 1998.
- CASTORIADIS-AULAGNIER, P., *La violencia de la interpretación*, B. Aires, Amorrortu, 1991.
- CAVELL, M., *La mente psicoanalítica*, Madrid, Paidós, 2000.
- CÉLÉRIER, M. et al., *El encuentro con el enfermo*, Madrid, Síntesis, 2001.
- CODERCH, J., *La interpretación en psicoanálisis*, Barcelona, Herder, 1995.
- *Psiquiatría dinámica*, Barcelona, Herder, 1991.
 - *Teoría y técnica de la psicoterapia*, Barcelona, Herder, 1990.
- ETCHEGOYEN, R., *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*, B. Aires, Amorrortu, 1991.
- FERENCZI, S., *Sin simpatía no hay curación*, Buenos Aires, Amorrortu, 1997.
- FERNÁNDEZ LIRIA, A., *La práctica de la psicoterapia*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2002.
- GALENDE, E., *Historia y repetición*, Buenos Aires, Paidós, 1992.
- GOLDSTEIN, R., *La dirección irreversible de la cura*, Buenos Aires, Catálogos, 1998.
- GONZÁLEZ DURÁN, E., *Psicología fenomenológica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- GREENSON, R., *Técnica y práctica del psicoanálisis*, México, Siglo Veintiuno, 1976.
- GUTIÉRREZ, J., *Teoría psicoanalítica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.
- HART, J., *The Person and the Common Life*, Netherlands, Kluwer Academic Publishers, 1992.
- HILLMAN, J., *El mito del análisis*, Madrid, Siruela, 2000.
- HUSSERL, E., *Experiencia y juicio*, México, U.N.A.M., 1980.
- IRIBARNE, J., "Desde la síntesis pasiva hacia la identidad personal", en Zecca-Díez (ed.), *Pensamiento, poesía y celebración. Homenaje a Héctor D. Mandrioni*, Buenos Aires, Biblos, 2001, pp. 73-80.
- "Memoria y olvido en relación con la identidad personal", *Escritos de Filosofía*, 37-38 (2000) 195-213.
- KIERKEGAARD, S., *La repetición*, Madrid, Guadarrama, 1976.
- KOHUT, H., *¿Cómo cura el análisis?*, Buenos Aires, Paidós, 1993.
- LACAN, J., *Autres écrits*, Paris, Seuil, 2001.

- MARRUCO, N., *Cura analítica y transferencia*, Buenos Aires, Amorrortu, 1999.
- MONEDERO, C., *Antropología y psicología*, Madrid, Pirámide, 1995.
- PAZ, J., *Psicopatología*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984.
- SACKS, O., *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, Barcelona, Muchnik, 1987.
- *El hombre comprometido*, Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1965.
 - *Historia de las ideas psiquiátricas*, Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1969.
 - *Las perversiones*, Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1983.
 - *Persona y personalización*, Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1989.
 - *Qué es diagnosticar en Psiquiatría*, Buenos Aires, Bonum, 1994.
- STEINER, J., *Refugios psíquicos*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
- STRAUS, E., *Psicología fenomenológica*, Buenos Aires, Paidós, (1ª ed. en inglés 1966).
- TATOSSIAN, A., *Phénoménologie des psychoses*, en AA.VV., *Rapport de Psychiatrie présenté au Congrès de Psychiatrie et de Neurologie de Langue Française*, Paris, Masson, 1979.
- THOMÄ, H. et al., *Teoría y práctica del psicoanálisis* (Vol. 2), Barcelona, Herder, 1990.
- UTRILLA, M., *¿Son posibles las terapias en las instituciones?*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.
- VERGOTE, A., *Dette et désir*, Paris, Seuil, 1978.

